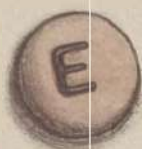




Fabián Tapia Quintero
Ilustrado por Aimeé Forêmar





EL LA
ESTA
EN
TODAS
PARTES

alas y raíces

COLECCIÓN

ALAS DE
LAGARTIJA

Ella está en todas partes

Primera edición, 2026

Colección: Alas de Lagartija

© Fabián Tapia Quintero, por los textos.

Ilustraciones: Aimeé Valentina Cervantes Flores.

D.R. © 2026 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Dinamarca 84, segundo piso, Col. Juárez,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06600, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Diana Eugenia Bastida Cabello.

Revisión: Mónica Zárate Ambríz.

Producción: José Francisco Rosas García

Se utilizaron las fuentes Noto Sans y Literata.

Las ilustraciones de este libro fueron realizadas con la colaboración de creadores del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, que realizan su actividad de interacción social y cultural PICS, año 2026.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-372-5

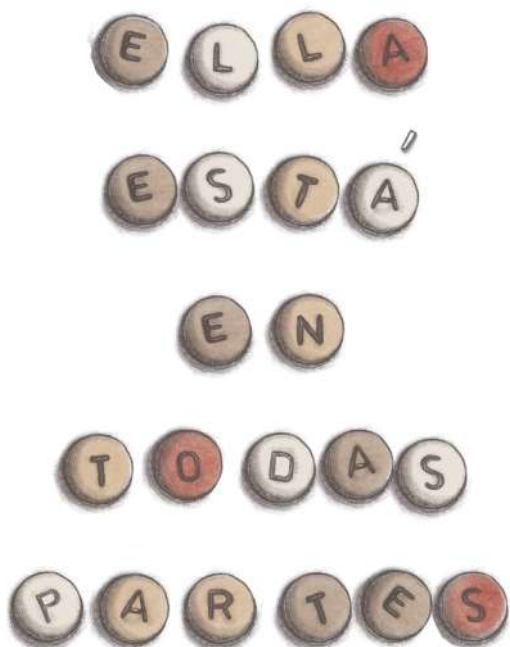
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**Gobierno de
México**

Cultura
Secretaría de Cultura



Fabián Tapia Quintero
Ilustrado por Aimeé Forêmar

Por más que pasan los años siento que la misma madrugada se repite, se repite y se repite. Esa, la misma madrugada.

¿Seré el único que lo siente así?

Cada que despertaba me prometía encontrarlo.

Encontrarlo y hacer que pagara.

Por lo que le hizo a mamá.

Por lo que nos hizo a nosotros, en consecuencia, dejándonos huérfanos.

Pero era tan difícil.

Ni la policía podía con él.

Como si hubiera adquirido de repente la capacidad de desaparecer de la Tierra.

Incluso después de lo que hizo nos siguió quitando vida y horas de sueño y momentos.

Eso último era lo más importante, como si los momentos imaginados donde mamá debería estar ocurrieran en un mundo paralelo o a años luz, imposible de encontrar. A veces se sentía como una simulación todo lo que vivíamos: no se sentía real. Ni siquiera los más adultos llegaron a comprenderlo del todo. Porque se suponía que en esos momentos estaría siempre presente.

Al final de cuentas, todos hicimos lo mejor que pudimos con esa ausencia y con el rencor que latía, transformando en lo mejor que se nos ocurría ese odio y esas ganas de vengarnos. Total, que oscuridad ya había sido mucha. Debíamos encontrar algo mejor.



Vivíamos en la casa de la abuela Angelina.

—En estos días que vivimos el dinero ya no alcanza para nada —se quejaba mi mamá. “Obvio, menos para una casa”, pensaba yo. Si hasta mi tía Marisela vivía con nosotros. Y un conejo. Y un pichón. Cualquier animal que se extraviaba por esos predios e iba a parar a la casa. Siempre teníamos espacio para uno más. Aunque ni los conejos ni los pichones podían detener a un asesino.

Mi mamá hacía todo lo que podía para que no nos hiciera falta nada, mientras que papá buscaba y buscaba chamba, sin éxito.



Una vez escuché que mi mamá platicaba con una amiga (y terminé regañado por hacerlo). Ella le aconsejaba dejarlo y, de ser posible, que lo demandara.

Yo no sabía qué eran las demandas. Pensaba que una demanda era una orden del tipo: “Consigue un trabajo, ayúdame con los niños, ve a poner el gas”. Pero no. Era algo más serio. Lo supe después.



Si existiera un Nobel a la Imprudencia, ese seguro lo ganaría la abuela Angelina.

—Si tan solo te hubieras despertado... Tal vez estaría viva... —me dijo furiosa.

¿La razón? Oí los gritos de auxilio de mamá, pero no pude despertar. El sueño me bloqueó. Y pasó lo que pasó.

Mi tía Marisela casi corría a taparle la boca con las manos para que no continuara.

Era lo mismo que yo había pensado cientos de veces con arrepentimiento. Pero fue tan fuerte el sueño en esa madrugada...

Yo escuché sus últimos segundos de vida y, de hecho, los gritos y la escena duraron meses en desaparecer. Nunca desaparecieron por completo, en realidad; siempre volvían en pedazos incluso en la luz del día: algún fragmento de grito, el color gris de esa

madrugada horrenda, los llantos de mis hermanas mayores, el rapto, la búsqueda...

El encuentro...

El punto es que no pude despertar. Como que nos había dado algo para que durmiéramos.

Mi hermana pequeña, Nancy, fue la que tardó en volver. Tere iba regresando de la maquila y llamó a Yolanda. Ambas, las mayores, la reanimaron. También fueron ellas quienes resolvieron todo, quienes pidieron a los policías que se lo llevaran porque él había sido el asesino. Lo señalaron una y otra vez.

—La abuela no piensa lo que dice —me consoló la tía Marisela—. Ya está mayor. Pero tú no te mortifiques. Te vamos a llevar con una psicóloga para que vuelvas a dormir bien.

Y así fue. Lo de ir con la psicóloga. Las pesadillas siguieron atormentándome; truenos y truenos en el cielo de mi inconsciencia que me despertaban sobresaltado y cubierto en sudor, esperando despertar de nuevo en ese día, en el día de verdad, ahora sí fuerte y envalentonado para salvarla.

—¿Viste la carrucha? —susurró mi hermana menor, Nancy.

—Sí.

—Qué raro. ¿De dónde la habrá sacado? Nosotros no teníamos carrucha.

—Mejor ya duérmete, chaparra.

—No. Ya dormí mucho.

Quería ser como el tío Fausto. Contarle una historia mejor mientras tanto. O una historia que nos ayudara a ambos, que nos hiciera soñar con tiempos mejores. Le conté algo a lo apurado, algo sobre los sueños y un reino que ahí existía donde todo era mejor, donde estaba mamá y nos llevaba al país de unas abejas cuya miel bajaba por nuestras gargantas y hacía que olvidáramos todo cuanto nos dolía y nos sembraba sueños plácidos.

El tío Fausto adoraba los libros (el único de la familia, en realidad). Tenía torres inclinadas de libros en todos los rincones de su casa. Tan solo al abrirnos la puerta un olor a vainilla nos inundaba las fosas nasales. A vainilla y como a sol. Riquísimo. Tras el suceso, le regaló a Nancy una caja con cientos de letritas con las que se hacen las pulseras.

Dijo algo que no entendí en su momento, pero sí Nancy, pues ella era más inteligente que yo.

El tío dijo, con lágrimas en los ojos:

—No hay nada que no se pueda reordenar para crear algo mejor.

Un filósofo en toda regla.

Así dio Nancy con los anagramas. O los Nancygramas, me gustaba más ese término.



Uno de mis favoritos era un lema que ella no paraba de decir tras esos días:



Formaba diferentes palabras a partir de esa frase y enlistaba los recuerdos y los desarrollaba en anécdotas o en una historia chistosa. De esa frase, me decía, surgían palabras que le recordaban a ella, como: “elotes, estepas, Seattle, aleteos, postear, altoparlantes, estela, pétalos, estrellados”.

Y las desarrollaba de la siguiente manera:

A mamá le encantaban los **elotes** en vaso.

Mamá tiene un terreno en las **estepas**.

Mamá una vez estuvo en **Seattle**.

Los **aleteos** de un colibrí son mamá visitándonos.

A ella le encantaba **postear**.

También le encantaba la música en los **altoparlantes** en Navidad.

La **estela** de un avión me recuerda a mamá.

Llovieron muchos **pétalos** del cielo el día que se fue.

Nuestros corazones están **estrellados** por siempre y para siempre.

Me preguntaba cómo Nancy se daba cuenta de tantas cosas (porque todo era real), sobre todo lo del terreno en las estepas que, por obvios motivos, quedó por pagar. También del tiempo que mamá se fue de mojada a los Estados Unidos (aunque no precisamente a Seattle).

Y lo de los colibríes no era más que Nancy imaginándola en todas partes, hasta en la lluvia y en los remolinos que se formaban en este lugar tan ventoso. En el más común de los fenómenos, Nancy la encontraba.

Mamá era muy fiestera: le encantaba tronar la bocina con sus canciones. Una de mis tías, Rita, lo resumió así:

—Por más que se la estuviera llevando la chingada, ella nunca dejaba de reírse.

“Ojalá eso nos pasara a nosotros”, pensaba. Porque desde que ocurrió eso una neblina de oscuridad nos cubrió a todos, tan espesa que era hasta difícil caminar a través de ella. Nos congelaba en el tiempo y en el espacio, de modo que todos los días parecían los mismos.

Como era de esperarse, tuvimos que mudarnos, pues la abuela Angelina nos tenía un rencor notable. “No supieron cuidarla”, repetía una y otra vez, hasta en el velorio. Todo el tiempo nos hacía malas caras y conversaba en voz baja con Marisela animándola a irse con nosotros.

—Tengo que poner en renta esos cuartos. ¡No me están dejando dinero! Tú ya ni tienes consideración por tu madre. ¡Necesito la lana!

Se veía a leguas que Marisela no quería, pues ya se había separado de su marido y ahora tenía que volver con él.

Juan, el esposo, estuvo ayudando en la búsqueda de mamá. Fue de las personas que la reconoció cuando la encontraron. Y Marisela. Y mis hermanas mayores. Nosotros... Nosotros creo que seguíamos dormidos.

Ahí es cuando mis recuerdos se mezclan unos con otros y así sigue hasta la fecha. Recuerdo que mi papá estaba agitado, como uno de esos animales acorralados de un documental cualquiera de National Geographic. Ya no sabía cómo hacerles creer su versión a los policías, quienes cayeron redonditos, según contaron.

—¿Cuál playa te gusta? Te llevaré a tu playa favorita. Tendremos una nueva vida. Podemos ir a Mazatlán —dijo cuando ya pensaba en huir conmigo.

—Pero ¿y mamá? La última vez que fuimos, ella nos llevó.

Los ojos se le encendieron como brasas.

—Nos vamos a ir. ¡Y punto!

Estábamos en un Kentucky Fried Chicken cuando vimos que una fila interminable de patrullas se diri-

gía a donde vivíamos. Nunca había visto tantas en mi vida. Y me abandonó ahí. Cuando volteé a verlo, ya no estaba.

No sé cómo regresé a casa. ¿Me habría visto uno de los policías? ¿Fui a marcarle a mi tía Marisela de un teléfono público? ¿Me vio ella desde el camión de la maquila?

Como sea, esa fue la última vez que vi a mi padre.

Después supe todo lo que había hecho.

O más o menos.

Entre lo que me decían y lo que les escuchaba decirles a las visitas, logré formar un panorama de los hechos. Ahí no pasaba como en los Nancygramas: lo ocurrido no podía intercambiarse de lugar y nada podía ser distinto. Todo te aplastaba y cada detalle nuevo era peor que el anterior.

—Tienes que contarnos la verdad. ¡No vaya a ser que lo estés protegiendo!

—Abuela, ¡sólo sé que huyó y me quería llevar con él! Entonces vio a los polis y se desapareció.

—Ha de estar en una cueva en la sierra, el muy cobarde —resolvió ella.

Eso se decía: que tenía familiares en la sierra. Yo no sabía cómo era vivir allá, pero ¿de verdad le sería tan sencillo ocultar algo como lo que hizo?

Mientras otros se iban, más personas venían.

Vinieron, por ejemplo, unas tías de Los Ángeles. También otra tía-abuela de Sinaloa, quien hablaba más bronca que nosotros, bien chistoso, como una cantante de corridos y con palabras raras como *ansi-na* o *algotro* o *chilo* en lugar de chido.

Volvimos con ellas a la casa donde ocurrió, la casa de mi abuela Angelina. El lugar estaba todo cambiado y con un olor intenso a Fabuloso y cloro.

Llegaron unos vecinos a comprar los heladitos que ella vendía y mi tía Mirna los atendió. Vendía también frijoles en bolsa a los abarrotes. Y ropa de catálogo.

Hablando de ropa, mis tías amontonaron cada prenda de ropa que encontraron. Luego fueron a quemarla. Se alzó una fogata enorme y fueron añadiendo más y más.

—Es bueno para los difuntos —decía tía Angélica mientras miraba como hipnotizada las lenguas de fuego.

Quemaron todo el ropero, en realidad. Si a mi papá le diera por volver, sólo encontraría cenizas.

Después pusieron veladoras. Éstas se las regaló la señora de la tienda, a quien mamá le vendía frijoles. En conclusión: hubo mucho fuego. Suficiente para invocar a alguien, a algún dios justiciero, pero nadie acudió a vengarnos ni a ayudarnos a encontrar al asesino.





Lo bueno de la llegada de las tías de Los Ángeles fue que comíamos mucho. A mí me encantaba comer. Pizzas, hamburguesas, papas fritas, chamorros, barbacoa... Y beber mucha soda. Nos llevaban al Dennys, a Dominos, a Chih'ua. Cuando comía así, algo se apaciguaba muy dentro y dejaba de tener pensamientos tormentosos. Comer era lo mejor del mundo. Mamá nos cocinaba muy rico. Lástima que no dejó un recetario, porque ahora yo, seguramente, tendría que cocinarle a Nancy: Marisela nunca tenía tiempo por su trabajo, por sus horas extras.

—Pensaba que, tras lo ocurrido, tendrías un vacío en la panza por mucho tiempo y que estarías bien con esa falta de apetito, pero no. ¡No deberías de tener tanta hambre!

—Amá, deje al niño en paz —la regañó Mirna—. Puede comer todo lo que le guste. ¿Te gustan los tacos? Ahorita vamos.

Mi abuela cada vez estaba más rabiosa hacia lo que hacía o no hacía, lo que decía y lo que no. Suponía que así estaría para siempre: al fin de cuentas yo era el hijo del asesino y hasta el mismo nombre tenía. Seguramente le recordaba la desgracia y no me quería y nunca me iba a querer. Nunca se le pasaría el mal trago. No se aguantaba de ganas de irse con sus hijas a Los Ángeles para dejar de verme.

Seguí comiendo mi hamburguesa con ganas. Quién sabe hasta cuándo volveríamos a restaurantes así.

Sabía que todo era temporal, que mis tías se irían y después viviríamos con la beneficencia, con lo que le alcanzara a la pobre tía Marisela, quien además tendría que volver con el ogro de su marido y sus tres hijos.

Marisela también debía de estar pasándola mal, pues ella había viajado con la tía Rosalva a Culiacán cuando ocurrió aquello. Y, aprovechando su ausencia y que mi hermana Teresa ya se había ido a la maquila, el asesino aprovechó la madrugada para ejecutar su macabro plan. A veces la gente mala tiene todas las piezas acomodadas a la perfección.

Nancy me sacó de mis pensamientos formando anagramas con la palabra HAMBURGUESA.

Quizá yo también debería empezar por acomodar y reacomodar lo que tuviera a mi alcance, no sólo las palabras, sino los recuerdos buenos, para así dejar de martirizarme con lo que ya no podía cambiar. Únicamente debía cruzar esa neblina y pensar: “lo que esté al otro lado será mil veces mejor que esto”. Quería hacerlo, de verdad que quería hacerlo y lo necesitaba, pero los recuerdos se me resbalaban, como si para seguir viviendo mi cuerpo hubiera decidido borrar todo de raíz porque era mejor no recordar nada y, por lo tanto, alguien que no era yo hubiera decidido que ya no quedaba nada bueno, que todo lo bueno se había ido con mamá.



Pues bien, había que verles el lado bueno a las cosas, incluso en medio de la tragedia. Además de la comida y los lugares a los que íbamos en las camionetas de las tías, valoraba inmensamente los días de silencio. Cuando mamá y papá estaban juntos, la casa bullía en gritos y discusiones.

Una vez ella lo iba a acuchillar. De no ser por mi hermana Tere, quien intervino, estaríamos lamentando la muerte del asesino y no la de mi mamá. Peleaban por todo, por el dinero sobre todas las cosas. Él llevaba meses sin trabajar y ponía pretextos y más pretextos. Ella no aguantaba la presión. Lo demandó. No le daban trabajo ni de trailerero, su profesión de toda la vida.

Las peleas ya se habían acabado y, con ellas, los dolores de cabeza, las tristezas y los sustos. Ojalá todo eso hubiera ocurrido con ella a nuestro lado.

Dijeron que fue por un dinero. También que tantas peleas la habían secado y que ya no era la misma, que le había exprimido la vida.

Y que la había golpeado días antes, en pleno Día de las Madres, pero que con su maquillaje había cubierto cada golpe a la perfección.

Tere y Yolanda dijeron que las espiaba al bañarse, que era un depravado y que mi mamá no les hizo caso. Por eso se juntaron a edad tan temprana: para huir. Tere aún vivía con nosotros cuando eso pasó



(era mi mamá quien la despertaba para ir a la maqui-la), pero tras lo ocurrido se fue a vivir con su novio. Él sí la trataba bien.

—Ya tenemos que irnos. Si no, nos correrán del trabajo —dijo Angélica.

Ya me lo esperaba, pero no tan pronto. Y todavía no la velábamos, como decían ellas. Quién sabe qué pasaba.

Fueron dos semanas desde que se fueron hasta que ocurrió el funeral.

Al terminar, mi tía Rosalva se fue muy indignada a Culiacán. No le agradó que llevaran banda ni que Tere, Yolanda y compañía se pusieran a tomar. Mi tía Mirna también puso el grito en el cielo cuando le informaron por llamada.

—A ella no le gustaría que estuviéramos tristes.

—Pues sí, bruta —la oí por el teléfono, así de fuerte hablaba—, pero una cosa es eso y otra hacer una parranda en pleno entierro. Están pero si bien pen...

Así siguió su discusión.



Tenía pesadillas. Me llevaba con él, pero era un paisaje muy diferente a Mazatlán. Era un desierto vasto y atosigante. A pesar de que era un sueño, sentía todo

el cansancio de un caminante: los pies ampollados, la piel descamada por tanto sol y la garganta seca.

—Vamos a iniciar otra vida. Hasta inglés vas a aprender. Ya falta poco. Ya falta poco —repetía sin soltarme de la mano.

Yo no quería que faltara poco, sólo quería despertar.

También soñaba con carreteras y con la sierra, muy lejos de casa.

Odiaba eso, porque significaba que en un lugar (mis sueños) él sí lograba su cometido y me extraía, lo cual no era nada justo para el daño que ya había hecho.

En otros sueños me decía:

—¿No estás harto de tu abuelita? Yo te llevaré lejos de ella. Esa señora nunca nos quiso, ni a mí ni a ustedes dos.

¿Por qué a mi cuerpo no se le ocurría soñar cualquier otra cosa? Con aliens, por ejemplo. Prefería mil veces soñar con aliens.



Entré a la secundaria. No hubo graduación de la primaria. Al menos eso me dijeron mis hermanas.

—Es que esas cosas ya no se usan después de la pandemia.



Como sea, suponía que nadie tenía ya ánimos de celebrar nada.

Así pasó ese verano. Parecía que todo en mi vida sería distinto a partir de entonces: un terremoto había fracturado lo estable, de modo que todo lucía distinto y agresivo en su diferencia.

El primer cambio fue vivir en la casa de Juan. No me caía bien. Casi ponía en una báscula la comida para que nadie comiera de más. Como éramos tres bocas más, decía que “teníamos que apretarnos el cinturón”. Ni siquiera me podía servir soda dos veces.

Mi abuela se fue para Los Ángeles y puso su casa en renta, tal como quería. Ni se despidió de nosotros. Éramos como la peste, porque mi abuela paterna, según palabras de Marisela, llamó cuando se enteró del caso y sólo le dijo:

—A nosotros no nos involucren en eso.

En pocas palabras, también desapareció de la faz de la Tierra. Nadie de esa familia nos visitó una sola vez.

Nancy se quedaba en la guardería.

Lo más grave que ocurrió fue que un día le pegaron los piojos.

—¡Tengo mucho miedo, César! De que los piojos me chupen mis ideas y me planten ideas malas.

—Eso no va a pasar. Esto es lo que haremos: vamos a comprar un champú especial antipiojos y problema resuelto.

Una de mis primas se lo trajo de la farmacia donde trabajaba. Le cortaron el cabello y la bañaron con ese remedio.

Lo preocupante era que se los volvieran a pegar. Yolanda dijo que esos piojos eran producto de la depresión. “La llevaré al psicólogo”, resolvió.

En la secundaria hubo una época de empiojados, pero cuando entré yo no se dijo nada al respecto. Quizá en mi nueva generación no entraron tantos deprimidos, siguiendo la hipótesis de Yolanda.

Como decía, era una etapa de grandes cambios. La secundaria fue la prueba de fuego.

En esa época fue cuando me hice guardaespaldas de mi mejor amigo, Chuy; me enamoré de Kari y fui el malote más malote que vio esa escuela por siempre y para siempre.

Yéndome por partes, yo no tuve la culpa de llegar a tal estatus. Sucedió cuando, precisamente, vi que Jonathan intimidaba a Chuy quitándole su lonche y todo su dinero después de dejarlo sofocado tras una patada en el abdomen. Cuando ya has tenido experiencia con personas más fuertes violentando a alguien más débil, comprendes cómo es de urgente actuar, ponerlos en su sitio. Había mucha gente alrededor, entre ellos Kari. Derribé en un dos por

tres a Jonathan. La furia me conducía. Ya en el suelo lo apresé en una llave y lo tundí a golpes. No le di tiempo ni de parpadear.

Todos, me dijeron después, pensaron que lo iba a matar en plena explanada, que nunca en sus vidas habían visto a alguien tan enojado. Quizá me despertó la imagen hipotética de mi padre golpeando a mi mamá. Era una diferencia enorme ese Jonathan contra el pobre de Chuy. Ya lo había lastimado antes, en Educación Física, cuando le tocó tomarlo de la mano y correr en torno a todo el salón unidos en un círculo; como Chuy no era tan rápido, no pudo seguirle el ritmo y Jonathan lo arrastró por todo el terreno de tierra y grava. Desde entonces lo traía entre ceja y ceja. El punto es que casi me expulsan, pero algo detuvo al director. Lo reconsideró. Sólo me dio un día de suspensión.

Jonathan me tuvo miedo la próxima vez que me vio. Me vio con Chuy, quien era a todo dar. Por ayudarlo me invitó a su casa a jugar al Nintendo Switch y a comer palomitas y pizzas.

—Te puedo pagar si te juntas conmigo y me defiendes. Con sólo verme a un metro de ti, no se me acercarán.

—No es necesario que me pagues —dije yo—. Podemos ser amigos por los tres años.

Kari me miraba más de lo debido.

Estaba consciente de que muchas personas debían saber la historia. Algunos podían sentir lástima y

otros asombro o miedo. No sabía con certeza a qué bando pertenecía Kari.

Me la encontré una vez en el súper. Después, en la nevería. Platicamos en un receso.

—César...

Odiaba tanto ese nombre.

—Lo de defender a Jesús fue tan heroico y épico...

—Pensé que te había asustado.

—No me asustó, porque se lo merecía. Hasta lo disfruté. Estuvo de película.

—Gracias, supongo.

—Deberías venir con nosotros al boliche este finde. Mi papá nos va a llevar.

Y fue en esa tarde donde tocamos el tema.

—No creo que seas como tu padre. Fuiste justo. Hiciste algo justo. Ya hasta se respira otro aire.

Y me besó.

Fue increíble. Como un subidón de adrenalina, como un descenso de montaña rusa. Tantas emociones increíbles en tan poco tiempo.

—¿Te puedo pedir un favor? —le dije.

—Claro.

—¿Me podrías llamar Ares?

Ella lo entendió casi al instante. Supo que tener el mismo nombre que mi padre era morder un limón amargo cada que lo decía, y un zumbido desagradable cada que lo escuchaba. Le platicué de los anagramas de mi hermana.

—Ese nuevo nombre es casi como un anagrama, por eso me gusta.

—Como el dios de la guerra. Está chido. Cés... Ares. Me voy a acostumbrar.

Con Kari podía platicar de todo. A ella nada le daba miedo.

Se sorprendió cuando le dije que el fiscal respondía con evasivas cuando mis hermanas exigían avances en el caso, con respuestas como: “Hay muchas muertes en el estado. No nos damos abasto”.

—La justicia en este país es un cochinerito, Ares. Por eso voy a estudiar para ser abogada. Y te prometo que te voy a ayudar hasta entamarlo. A él y a muchos cobardes más.

Hablaba del futuro como si no faltaran años, lo cual era asombroso. Me hacía tener fe hasta en el mío. Me encantaba que fuera tan visionaria y me animaba. Yo también podía soñar con cosas buenas, aunque todo fuera de momento tan desolador.



A R E S

C

Tanto ella como Chuy me invitaron a sus casas a celebrar Nochebuena. Terminé yendo a ambas y luego a la casa de la tía Marisela. El papá de Kari me dijo que tenía un taller donde reparaba autos y que buscaba un ayudante. “La paga es buena, mijo”. Acepté sin pensarlo dos veces; nunca se sabía la próxima vez que la vida volvería a dar un vuelco y no confiaba para nada en Juan. Debía estar preparado. Y el dinero te preparaba muy bien.

Cuando no podían pagar a la cuidadora de Nancy, la dejaban en la casa del tío Fausto, a unos pasos de mi secundaria, y yo la recogía. Él casi nunca salía de casa y, de veras, nunca lo había visto sin un libro en la mano. Era su forma de sedarse, en sus propias palabras. Creía que no había nada mejor que estar bajo los efectos de una buena historia. Pero tras esos ojos soñadores moraba la pérdida de sus padres: su papá por cáncer y su mamá por Covid. Entonces, estar sedado era su único modo de enfrentar la vida, de no pensar en eso, de no dejarse arrastrar.

—El tío siempre me deja escoger cualquier libro y leerlo. Hay palabras hasta para aventar. ¡Y puedo formar todas las que se me ocurran! Nadie en mi salón tiene una biblioteca como la que me presta mi tío.

Me hacía mucha ilusión que Nancy encontrara distracciones y formas de construirse mejores realidades. Los libros al final eran eso: puertas a realidades más amables.

Era un milagro tener un tío así, aunque, por alguna razón, nadie de la familia lo frecuentaba y tuve que

averiguar el porqué. Como siempre, la amargada de mi abuela había hecho sus maldades hasta con él.

Fue en los Estados Unidos, me contó. En esa época, quizá por su condición de migrantes, se frecuentaban más, pero todo cambió cuando mi tío Fausto tuvo como pareja a otro hombre y mi abuela, por su odio a la felicidad de los demás, llamó a la policía cuando los vio platicando dentro del carro del novio, un Cadillac rojo, me describió mi tío con los ojos llorosos. Los polis tuvieron la misma sangre pesada de mi abuela y los golpeó brutalmente y les quitaron el carro. Eran otros tiempos. Mi tío Fausto jamás volvió a pisar suelo gringo.

—¿Y jamás lo volviste a ver?

—No, ni a escribir ni nada. Dirás tú: ¿qué dolió más: los golpes o la despedida? Dolió más la despedida, pero nada vale la pena viviendo en un país que te odia.

—Mi abuela es un país, entonces —sentencié.

—Sí, hay personas que viven con tanto odio... con el odio de todo un país. Pero lo bueno es que te puedes desterrar, Cesarín.

—Ares, ahora me llamo Ares.

—Está bien, Ares —dijo él con complicidad—. Te puedes desterrar de cualquier persona y habitar realidades más amables. Por favor, recuerda eso siempre.



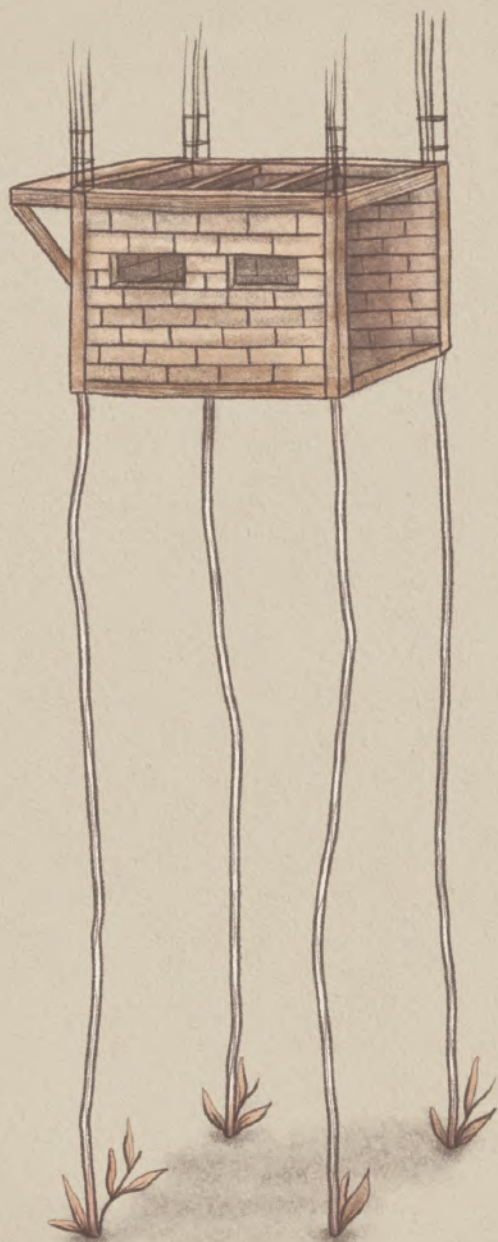
Ya había pasado algo de tiempo. Con mi nuevo trabajo ya no me preocupaba tanto por el futuro. Lo de la paga era verdad. Aprendí mucho sobre autos en muy poco tiempo.

En la secundaria no hubo sobresaltos, salvo la vez que le escondieron su inhalador a la maestra de Ciencias. Vino la prefecta a revisarnos las mochilas. Y, después, la ambulancia; la maestra tuvo un ataque de asma y casi se iba al Otro Mundo. Al final se descubrió que había sido Jonathan. La noticia salió en los periódicos. No tuvieron de otra: lo expulsaron. Ya nunca lo volvimos a ver. Decían que lo habían mandado al ejército, pues ni sus padres sabían qué hacer con él.

Me metí a clases de judo, lo cual ayudó enormemente a que dejara de pensar en cosas terribles y a reconducir la ira. Algún día ganaría algo y se lo dedicaría a mi mamá.

Hablando de ella, Marisela iba construyendo una casa en el terreno de mi madre. Mi tía era tan atrabancada que su modo de aprender a manejar estándar fue agarrando la troca de Juan y manejándola a la primera. De modo que no tuvo reparos en tomar taladro, tablas y pala para iniciar a construir su nueva morada. A veces iba a ayudarle, por más que ella protestara.

Esa decisión era un signo de que algo andaba mal, pero mi tía no decía nada.



Quizá eso terminó jugándole mal a mi mamá: el no decir nada, el aparentar que todo iba bien. Tanta alegría en tiempos difíciles también podía ser dañina. ¿Por qué nadie nos decía eso?



En la secundaria todos me llamaron Ares. Poco a poco me fueron rebautizando hasta que nunca nadie me llamó por el otro nombre. Me sentía como Paul Atreides o como Daenerys con sus miles de títulos, aunque mi nuevo nombre fuera cortito. En el judo, de igual forma, todos me conocían como Ares desde el día uno, incluso mi entrenador.

Cumplí dos años trabajando en el taller y dos años siendo novio de Kari.

Conocí más revelaciones sobre mi papá. Por más que entrenara también debía ser fuerte de la mente (era lo que mi entrenador repetía) para masticar lo difícil de esos hechos. Me lo dijo tomada, mi tía Marisela, mientras trabajaba en el cableado de su casa:

—¿Sabes una cosa? Ya lo había intentado —hipó—. Matarla. La ahorcó y se hizo la muerta, pero eso sólo le sirvió para unos meses. Ya no pudo actuar más. Quién sabe cómo sobrevive ese maldito perro. —Le dio otro sorbo a su lata—. No encontraba chamba por drogadicto. Salía una y otra vez mal en los antidopings. Desgraciado —dijo y arrojó la lata contra la pared—. Cuando lo encuentre lo voy a matar con mis propias manos.

Así que no era el único que entrenaba para eso.

Esa noche me permití llorar por todas esas cosas y porque sabía que al día siguiente ella no recordaría verme llorar. A lo mejor ni se fijó en mí: estaba completamente perdida en su dolor.

—Nunca te metas nada, César. Porque una vez que lo haces ya no hay vuelta atrás.

—Crees que me convertiré en él, ¿verdad?

—No. Qué cosas dices. Un monstruo así no creo que nazca dos veces en la misma familia —eructó—. Pero nunca está de más el consejo.

—La cerveza también es una droga. No deberías de tomar tanto.

—Una vez al año...

Esa noche juro que escuché a los coyotes: unos aullidos que me erizaron la piel. Estábamos en medio de la nada, pero no nos daba miedo. El cielo en esa zona lucía tan limpio que ni parecía de este mundo. Formé todas las palabras con las letras de COYOTE y, entre lágrimas, me quedé dormido.



Kari participó en un concurso de Oratoria. La animé:

—Te llevaré con alguien que sabe de este tema.

La llevé con el tío Fausto, quien le arregló todavía mejor el texto. Eran extractos de *El invencible verano de Liliana* con las propias proclamas de Kari. El tío le dio todos los consejos que tenía.

Ella ganó el primer lugar. Obvio que tuvimos que festejar. Cualquier alegría en esos tiempos debíamos de hacerla mayúscula. Fuimos a comer tacos y después a un mirador.

Todos debían ver y escuchar a Kari declamando: era una fuerza de la naturaleza ahí plantada, con su voz de trueno y con un furor en la voz que capturaba la atención de cualquiera. Se escuchaba salvaje, herida, harta. Ni en un solo segundo perdió el temple, la fuerza. Era increíble. La mirábamos y conteníamos el aliento cada segundo.



El día que Juan nos desalojó, estaba fuera de sí. Si las personas de esa edad se ponían a actuar de ese modo, ¿qué podía esperarse de chavalos como nosotros sin la experiencia de esos años? ¿O es que hay personas que sólo crecen y crecen sin acumular experiencia alguna?

—¡AGARRA TODAS TUS COSAS Y LÁRGATE! —le demandó a mi tía.

No supe por qué se habían peleado. Quizá fueran los celos. Marisela ya me había contado algo de eso. La traían en chismes de maquila. Ninguno era cierto.

Metimos todas nuestras pertenencias en mochilas y bolsas de mercado. Nos despedimos de Tormenta, su perro. Tenía tanto por decirle y, a la vez, nada. Porque Juan no era nada mío, o así lo sentía. Sólo alguien que nos hospedó mientras su paciencia lo permitió. Ni siquiera por mis primos se contuvo. Era la madre de sus hijos y así la trataba.

Tenía tanto coraje...

Pero lo peor fue cuando le llamó a la policía.

Ya estábamos empacando todo cuando le llamó.

Marisela insistió en que no lo hiciera, pero la ignoró.

Nos fuimos como unos delincuentes.

Qué ganas tenía de madreármelo ahí mismo, para que la policía tuviera razón en venir, pero por mi tía Marisela no lo hice. Ya tenían suficiente diversión los vecinos.

Por suerte, los oficiales no fueron tan podridos de corazón como Juan y nos llevaron a la casa en medio de la nada, construida a medias y como pudimos.

—Ya se me ocurrirá algo —prometió Marisela—. Mientras tanto, a dormir. Mañana será otro día.

Mientras ese mañana llegaba, me prometí que jamás dependería de alguien y que protegería a Nancy de momentos como ese. No importaba si dejaba la escuela para trabajar más rato en el taller... O para



seguir entrenando hasta ser el mejor judoka del país. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo pronto.



Llegó otra mala noticia. Mi abuela Angelina otra vez. Les llamó a los policías y a un abogado para desalojarnos de ese terreno.

—¿Crees que las ánimas siguen pagando terrenos? —le dijo en una llamada a Marisela—. Mija, ese terreno lo seguí pagando yo, así que también se me van de ahí. Cuando vuelva, agarran sus tiliches y se van.



El papá de Kari me llevaba del trabajo a la casa. Le dije que no tenía por qué hacerlo, pero él insistió en que sería peligroso irme caminando. “Ya no le tengo miedo a nada”, pensé, sintiendo que lo había experimentado todo, que no había algo peor en el ser humano capaz de paniquearme.

Pero, claro, no sabía tanto de las cosas. La gente insistía en que esta zona de la ciudad estaba maldita y ¿cómo no creerles después de lo vivido? Decían: “Allá va a parar lo peor de la sociedad” y, como Nancy, jugaban con el nombre de la colonia dotándola con toda la personalidad del peor círculo del infierno.

Los veranos parecían venir con una maldición incluida. Fue al terminar la secundaria cuando Kari y yo nos separamos. Nos tuvimos que separar, mejor dicho: *nos separaron*. Los malhechores empezaron a cobrarle derecho de piso a su papá, lo cual mermó en su salud y lo llevó a cerrar el negocio. El suegro me lo contó desolado, con toda la pena del mundo. Le prometí que estaría bien y que le seguiría echando ganas a todo. Pobrecitos. No sería fácil para ellos. Kari me dio la dirección: se irían a Tijuana, donde tenían a más familia. Al menos no empezarían desde cero solos. No rompimos con toda la ceremonia, pero ambos comprendimos que era mejor dejarlo ahí y que si algún día nos reencontrábamos, sería sólo como amigos. Lloramos y nos abrazamos mucho. Comprendí que hay despedidas que no son para siempre, pero que se sienten como tales.

—Debes prometerme algo, Ares. Tienes que irte de aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Ojalá no tenga boca de profeta, pero no he dejado de pensar que este lugar nunca tuvo nada bueno para nosotros y, tal vez, nunca lo tendrá.

Me gustaba más escuchar a la Kari optimista de casi siempre, pero las despedidas nos ablandaban las verdades y nos hacían decirlas. Y yo estaba de acuerdo con eso, pero no quería admitirlo.

—Y buena suerte buscando al monstruo, Ares.

Sonó más a un: “Y buena suerte con no convertirte en uno mientras lo buscas”.

No le di importancia.

¿Encontrarlo contaría como una cosa buena o mala en esta tierra donde sólo sucedían desgracias?

—Te mantendré informada—. Fue todo lo que dije.

¿De qué nos mantendríamos informados a partir de entonces? Si las personas buenas se me iban con esa frecuencia, ¿qué podía esperar? Entonces sí podía ser completamente cierto que esa tierra se alimentaba de nuestra inocencia, de nuestros sueños y de nuestras almas. ¿Y si ya era demasiado tarde cuando lo lograra? ¿Y si quedaba muy poco de mí para salvar o de Nancy o de Marisela?

Otra persona que también se marchó fue Chuy. Había crecido mucho. A su papá le habían ofrecido un trabajo en Alemania y no lo pensó dos veces.

—Si aquí no tenía amigos, no me imagino ahora que tendré que aprender alemán.

—A lo mejor ellos aprenden español para llevarse contigo —lo animé.

—Y a lo mejor tú me alcanzas por allá en Europa en una de tus competencias. Estaría chido que me visitaras, campeón.

Me deseó mucha suerte en mis competencias de judo. Le dije que me enviara postales a la casa de mi abuela Angelina, pues era el único lugar estable que me quedaba en cuestión de direcciones postales. Sólo volvería por las postales de mi amigo.

Por fortuna, Juan no nos siguió molestando. A veces íbamos con Yolanda, Tere y sus esposos a la presa. Parecíamos la familia más dispareja del mundo, pero eso son las familias, ¿no? Personas incompatibles, opuestas: agua y aceite.

Rentábamos lanchitas con pedales y la pasábamos muy bien. Me encantaba ver la inmensidad del agua y cómo iban apareciendo las estrellas mientras se hacía de noche con los cerros al fondo. Olía a lluvia recién caída, a un aire tan puro que se instalaba en los pulmones. El mundo dejaba de pesar un poco estando ahí, en la inmensidad; o, más bien, recordaba el peso de las cosas buenas mientras transitaba en el agua ondulante y fresca en medio de un verano sin buenas noticias.

Mientras mis hermanas compraban elotes y jugos Arizona, le pregunté a mi tía Marisela:

—¿Ya no te ha molestado?

Ambos sabíamos al instante a quién nos referíamos cuando usábamos ese tono.

—No, ya me olvidó de a buenas. Nunca voy a regresar, de todos modos. ¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Vas a visitar a Kari?



—A lo mejor. Por ahora estoy buscando otra chamba cerca de la prepa. Es que Kari me dejó pensando...

—¿En qué?

—En que este lugar está ensañado con la gente. No dejan de pasar cosas malas. Cosas violentas. ¿Tú no has deseado irte?

—Ah, ya—. Se quedó pensativa un largo rato—. Lo sé, lo sé, pero eso es lo que nos tocó y ni modo. Tenemos que cuidarnos lo mejor que podamos.

—No basta con cuidarnos.

Entonces pude notar que algo se desequilibró dentro de Marisela.

Odiaba sembrar esa tristeza en ella. Odiaba que no fuera distinto, que no dejáramos de ir una y otra vez a la misma triste historia de siempre, la que nos partía el alma y no nos dejaba tranquilos porque nunca se había hecho justicia, porque nunca habíamos obtenido ningún consuelo.

Odiaba que ese monstruo se hubiera salido con la suya de un modo tan limpio mientras nosotros nos ensuciábamos en pesadillas, odio y un desconsuelo sin fin cada vez que recordábamos.

Esa noche ni las estrellas pudieron consolarme.

Marisela parecía resignada a seguir viviendo en este lugar. No podía juzgarla por ello, era una reacción

completamente normal. Se había roto el lomo construyendo su casa, justo para no dejarnos desamparados a nosotros y para dejar de vivir en la guarida de aquel otro monstruo roñoso y antipático de Juan.

Después de ese día Marisela sacó un álbum de fotos.

—¿Te acuerdas de este viaje? Cuando mi hermana los llevó a Mazatlán.

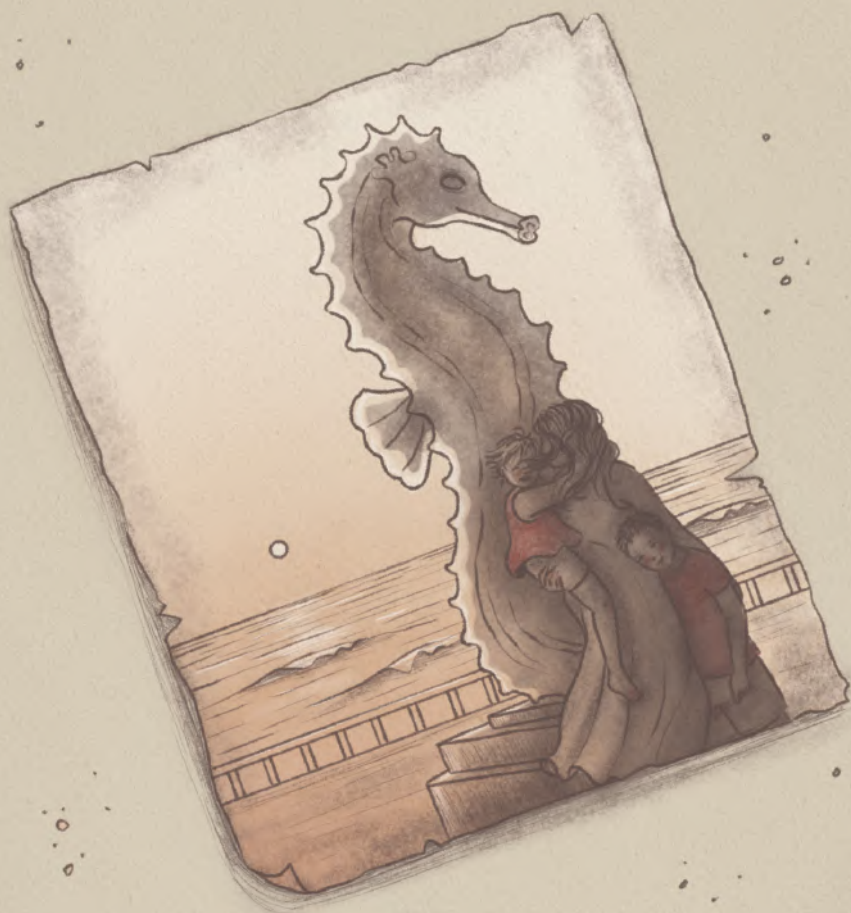
—No inventes. No lo recordaba.

Estábamos junto a la estatua de un caballito de mar. Mi mamá, Nancy y yo. El viento le sacudía su melena rubia y sonreía con todos sus dientes. Lucíamos tan felices los tres. Una nostalgia oceánica me invadió: el deseo por el pasado y también por un futuro distinto.

Casi no recordaba aquellos días, salvo la impresión por el oleaje, lo rico que se comía y la sensación de tocar la arena con los pies por primera vez. Nada de eso volvería.



Kari tuvo razón. Las cosas se pusieron feas de verdad en la colonia y alrededores. Había dejado el infierno a tiempo. Aparecían noticias terribles. Tan terribles eran que de tanto escucharlas se volvieron normales de oír, sin sorprender a nadie: Cuerpos tirados a la orilla de la carretera, personas con sobredosis, una madre abusando de sus hijos, chicos de mi edad suicidándose o matando por celos a quienes habían sido



sus novias, mujeres levantadas a quienes ya no se les volvía a ver...

En la secundaria sí hubo graduación, pero no quise ir porque sin Kari ni Chuy no tenía sentido, la verdad. Lo mío era no ir a las graduaciones. En la prepa me becaron gracias al judo. Pero, como con todo lo bueno, tenía que haber un contrapeso. Nancy dejó de vivir con nosotros. A mi tía Marisela no le dieron los números y decidió que lo mejor sería dejársela a una de nuestras hermanas mayores.

—Yolanda. Ella fue la primera en pedirla.

Me opuse completamente a eso. Le prometí que trabajaría más.

—Mijo, lo primero es tu educación. Suficiente te has esforzado ya. Ella sabrá cuidarla bien.

—¿Y si no?

—Confía en ella. Las hermanas mayores nunca fallan.

Y entonces hizo una mueca como si hubiera chupado limón. “Tú no le fallaste”, quise decirle.

Así se fue mi hermana Nancy.

Por puritita suerte, un milagro del destino, un suceso cósmico, mi abuela Angelina dio su brazo a torcer y nos dejó en paz viviendo en ese terreno. ¿A quién le había vendido su alma Marisela para reunir el dinero y convencerla?

Al visitar a Nancy, tiempo después, me reconfortó saber sobre sus nuevos amigos. Y que Yolanda era mejor cocinera que Mari y, como la casa era más amplia, podía invitar a sus amigos a hacer las tareas, a jugar y a ver documentales en esa pantallota, como ella decía.

La idea de estar separados no me terminaba de convencer. En términos generales. Es decir, que toda mi familia estuviera dispersa: tíos, abuelas y primos por aquí y por allá, a kilómetros de distancia, unidos sólo cuando ocurría una tragedia monumental. Muy en el fondo, quería que fuéramos una familia unida como en los viejos tiempos, aunque todo estuviera peor y viviéramos apretujados. Nada nos regresaría a mamá, pero estando juntos su recuerdo —su presencia— volvía a mí con más facilidad. Y cada vez era más difícil eso.



La prepa vino con sus retos y estuve a punto de darme de baja en más de una ocasión y meterme directo a un jale. Cada vez parecía más difícil llegar a algo bueno siguiendo el camino correcto. Todos éramos una sociedad desesperada por una o más cosas: por dinero, por justicia, por un mejor trabajo, por algo imposible de recuperar. Desesperada y cansada.

Esos años se fueron más rápido que los de secundaria. Ahora recuerdo más mis competencias de judo que los días de prepa y las pedas sin fin, los robos de respuestas de exámenes de Cálculo, los corajes y

sermones de los profes y los corazones rotos por mi falta de compromiso.

Ese “no puedo comprometerme” fue mi bandera blanca, mi pase al descontrol, mi forma de tomarme todo a la ligera y no angustiarme. No hubo nada duradero. Era el instante: el dejarlo o tomarlo. La adrenalina de lo que se iba. La excusa de “sólo se es joven una vez”. Pensaba que con las fiestas, las chicas y el deporte lo tendría todo, pero no. Sólo tenía más ganas de irme y de irme y de irme.

No podía hacer eso último solo. En cierta forma, se lo había prometido a mi madre: me llevaría, al menos, a Nancy conmigo. Lejos de ese lugar tan peligroso y ensañado.

Llegué a jugar a los arrancones clandestinos por un rato. Lo dejé a tiempo. Una hazaña, la verdad. Eso también te consumía, eso decían todos. Con eso y con el dinero de mi próxima competencia tendríamos lo suficiente para irnos.

Volvieron a mí los recuerdos.

Cómo mi papá estuvo a punto de llevarme con él, con sus manos manchadas de sangre, y aun así aferrándose a mí, como si no hubiera hecho nada.

Y ahora la promesa casi realizable que le hacía a Nancy:

—Nos iremos de aquí, Chaparra. ¿Te quieres ir de aquí?

—¿A dónde?

—Al mar. A Mazatlán. Te gusta mucho el mar, ¿no?

No quería sonar como él, pero no había gran diferencia. Todas estaban tan resignadas a los horrores de este lugar que mi idea de irnos les parecería ridícula, por eso no les avisaría.

Rita, la tía de Los Cabos, sabía leer las cartas. En aquel mayo, *cuando-ocurrió-aquello*, dijo que les había preguntado a las cartas sobre mi mamá, sobre si estaba viva o muerta. Y le apareció que estaba muerta —ella fue la primera en saberlo, viéndolo así—, y que había vivido unos últimos días muy opresivos, sobrecargados de violencia y control.

—Pero no te preocupes, ella estuvo en paz. También me dijeron eso las cartas, que ella ya había cumplido todo lo que quería en la vida: irse al gabacho, trabajar, tener hijos y verlos crecer.

—¿Y te pueden decir las cartas cómo me va a ir en la próxima competencia?

—Sí, seguro.

Fue una mala idea lo de las cartas, porque seguro que eso había sido lo que destapó mis planes. Marisela se enteró de que planeaba llevarme a Nancy e iniciar otra vida.

—¡Ya tengo dieciocho! —protesté—. Y ella quiere irse conmigo. Me lo dijo.



—Es muy difícil la vida, muchacho. Crees saber muchas cosas, pero no sabes.

—¿Y entonces? ¿Qué quieres que haga? ¿Que me quede a vivir aquí para siempre? ¡Está más que demostrado que aquí no hay vida! Aquí todo el mundo parece un experimento de almas en pena. Ya he competido mucho. Ya he juntado todo lo que planeaba juntar. Y está bien. Me voy sin Nancy, por ahora. Y si me lleva la chingada, que me lleve a mí solo. Pero verás que no. Verás que ella querrá irse conmigo.

Soné como un malagradecido.

Odiaba sonar así, pero no pude controlar mi coraje.

No en ese momento.

Por una parte, temía dejar a la tía sola y que volvieran los monstruos del pasado. Si Juan se enteraba y venía y le hacía algo, no me lo perdonaría nunca.

Pero ya no aguantaba más.

Iba a ganar esa competencia, tal y como dijeron las cartas.

Hasta mi entrenador dijo que algo me había poseído, que lucía distinto a las previas competencias. Eran las nuevas capas de mi deseo, supuse. La euforia de un futuro que podía rozar con los dedos, muy al alcance. Cada músculo de mi cuerpo se aferraba a eso.

Si esa rabia me poseía, si esa rabia me habría de hacer compañía en cada competencia, entonces tenía todas las de ganar. Era mi superpoder y mi maldición. Vivir con esa furia, mastigarla y emplearla en cada combate fuera y dentro del tatami. Perdí. Me descalificaron por una tontería.

Cuando ya tenía todas las de perder, cuando ya me había resignado a mi destino, llegó el tío Fausto como un salvador.

Fui a su casa.

Desde el porche se suspiraba la tristeza, el cambio, el vacío: había vaciado su biblioteca por mí.

—Alguien me dijo que necesitabas el dinero para irte a seguir tus sueños —me dijo—. Así que vendí mis libros para que no te falte nada. Eres bueno, Ares. Tú eres de los pocos de tu familia que me han frecuentado.

—Pero ¿ahora cómo vivirás? ¡Eran tu combustible, tío! Te he arrancado eso.

—Muchacho, todo este tiempo te he dicho que las historias buenas siempre terminan llegándote, así que no te preocupes. Ya vendrán más. Toma el dinero.

Lloré. Lloré como sólo había llorado en aquel mayo, pero esta vez agradecido, esperanzado y querido.

Y me fui.



No fue una huida fácil.

Ninguna lo es.

Tuve que aceptar que siempre viviría con el fantasma de los y si (y si pasa esto, y si pasa lo otro, y si Juan les hace algo...) como si la violencia en sí fuera un país en el cual nadie se movía.

Me surgió la urgencia de mudarme justo en pleno Culiacanazo. Creí, al igual que todos los que viajaban en ese autobús, que el estallido de violencia no alcanzaría Mazatlán. Ya habíamos cantado victoria, cuando de pronto unos encapuchados pararon el camión y nos fueron bajando uno a uno. Lo que pasó después no lo recuerdo con nitidez.

Entre los gritos, los ruegos y los forcejeos, se me desdibujó todo lo demás. No lo pensé dos veces. Fue de nueva cuenta el salto, la furia, la rabia desbordándose. Actué por impulso, sin medir ninguna consecuencia. Me abalancé sobre uno de ellos, lo desarmé y escuché el tronido de su cuello. Justo cuando iba por el otro, un estallido partió la noche.

En el hospital me cuidó quien es mi actual representante. Él fue quien corrió con todos los gastos, además de vigilar los cuidados. Era un cazatalentos comprometido, entonces.

Así como existen las cantidades inconmensurables de mala suerte, también las hay de incontable fortuna:

que no diera en un órgano importante, por ejemplo; o que no alcanzaran a levantar a nadie. Más que buena suerte, sucesos cósmicos.

Me recuperé rápido y me reencontré con la playa, finalmente y con nuevos y llorosos y esperanzados ojos, como si fuera una vieja amiga.

Al aspirar esa brisa fresca le di rienda suelta a todos los recuerdos empolvados y salieron a la luz. Francisco, el cazatalentos, fue conmigo. Le conté toda la historia ahí mismo, caminando por el malecón. Tanto el hablar como el aire marino cicatrizaron algo en mí.

Le hablé a Marisela, asegurándole mil veces que todo iba bien. También hablé con Nancy.

—¿Algo con la palabra Mazatlán? —le dije.

Extrañaba sus Nancygramas y las historias que estos evocaban.

—Lanza, Taz... ¿Te acuerdas cuando veíamos los Looney Tunes?

—Claro que me acuerdo, Chaparra. ¿Qué más?

—Tamal, mal y mata.

—Sigues siendo muy buena. Te llevaré un regalo la próxima vez que vaya. Échale ganas a la escuela. Nancy...

—Sí, aquí sigo.

—¿Recuerdas cuando lo vimos por primera vez, el mar?

—Algo.

—La segunda vez es más especial que la primera. Recordé muchas cosas, sobre cuando vinimos con mamá. Y... has tenido razón todo este tiempo. Recuerda bien esto: es cierto que ella está en todas partes, incluso en las cosas buenas que aún están por venir. El mar me dijo eso. Recuérdalo hasta que estés aquí conmigo. Por mientras, pórtate lo mejor que puedas.

Me prometió que así lo haría.

Yo seguí entrenando. Francisco y yo formamos buen equipo. Ganamos competencias de las buenas en Arizona, Nuevo México y Texas. Empecé a salir en los periódicos.

El caso de mi madre empezó a tener difusión fuera de esa ciudad, pero jamás encontraron al asesino. Mi tía Marisela creía firmemente en que se había convertido en una sombra, en un despojo sin nombre, y por eso nadie era capaz de reconocerlo.

Como sea, empezamos a recuperar la paz poco a poco. Las grietas entre nuestra familia se notaban menos. Como decía ese músico, Leonard Cohen: la luz se filtra por ellas y nos dejaba algo a su paso, casi como el mar.

Aprendí algo de aquella bala: odiarlo toda la vida sería como tener la bala dentro. Cuando era demasiado,

ahí estaba Mazatlán. Volvía a ser un niño junto con Nancy y mi mamá; éramos inseparables y, a pesar del flujo de las olas y del tiempo y los recuerdos, juntos permanecíamos.



Secretaría de Cultura del Gobierno de México

Claudia Curiel de Icaza
SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova
SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

María Guadalupe Moreno Saldaña
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Antonio Zúñiga Chaparro
DIRECTOR GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL



Junio de 2026





Hay momentos que marcan nuestra vida. Ares vivió uno de ellos: un suceso terrible que volcó su realidad. En una ciudad inmersa en la violencia, deberá buscar la fortaleza necesaria para recordar que siempre hay otras oportunidades y que vale la pena seguir.



Gobierno de
México

Cultura
Secretaría de Cultura

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.

COLECCIÓN

ALAS DE
LAGARTIJA